

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 25.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos; D. José Zorrilla. — Historia de la semana; grabado. — Procesion del Córpus en Roma; grabado. — Una excursion por Holanda; grabados. — El Alférez D. Gabriel; fantasia marítima. — El ensayo de un drama. — Exposicion de Bellas-Artes de Paris; grabados. — El ladron maestro. — El valle del Danubio, en Beuron; grabados. — Sobre la tumba de... — Revista agrícola. — Nuevo modo de transigir. — Ramillete de flores artificiales; grabado.

Poetas españoles contemporáneos.

DON JOSÉ ZORRILLA.

Artículo tercero.

Otra de las composiciones mas celebradas de Zorrilla es la fantasia *A una calavera*, que por ser tan celebrada voy á trasladar en su mayor parte, procurando interrumpirla lo ménos que pueda con mis observaciones importunas, aunque necesarias. Allá va la fantasia :

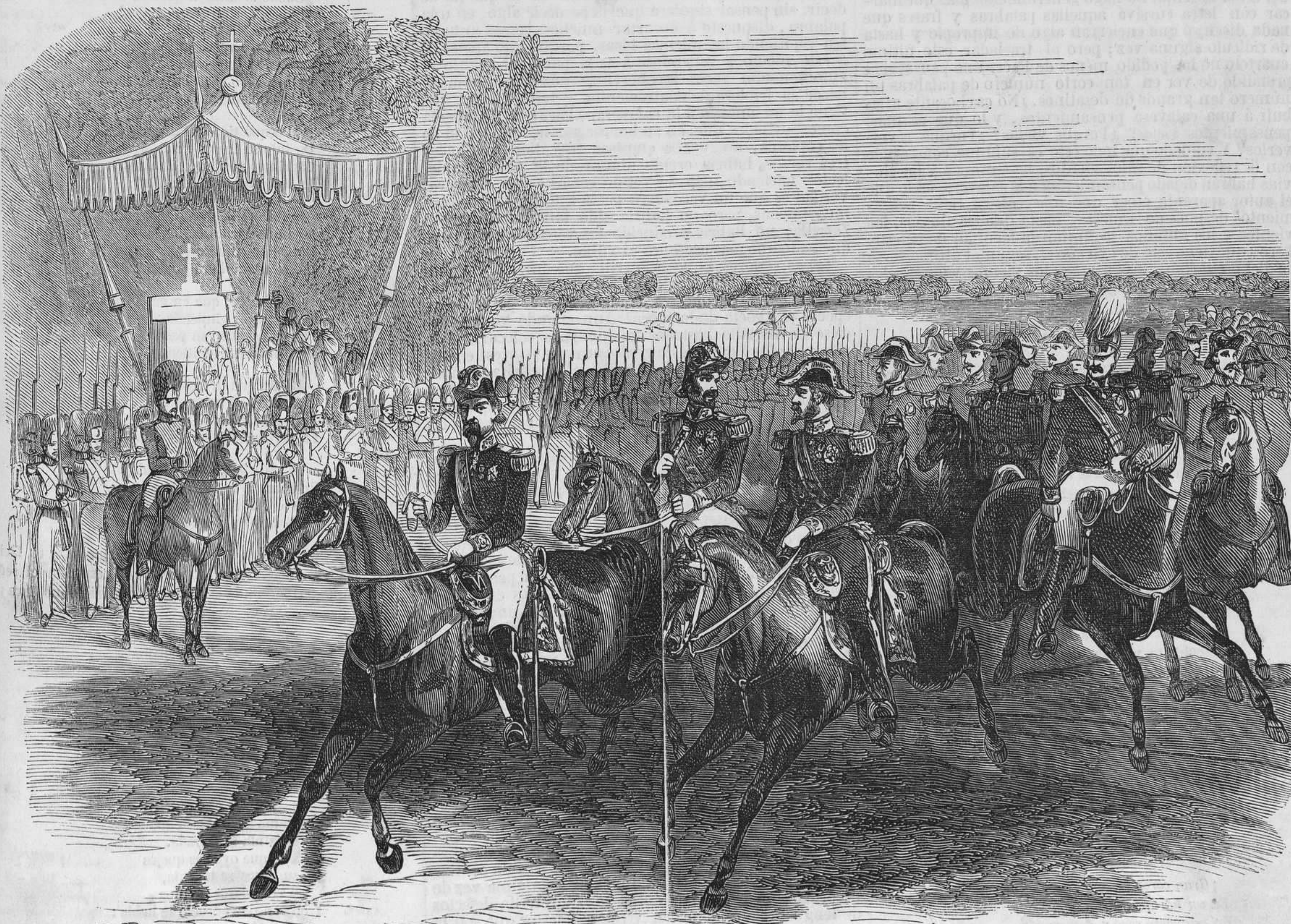
¡ Ahí estás tú, *secreto de la vida*,
Espantosa memoria de la muerte !

Cifra cuanto fatal desconocida,
¿ Quién alcanzó jamás à comprenderte?

Lo que no se comprende es la pregunta del autor, y sea dicho entre paréntesis.

Honda verdad donde el vivir se encierra,
Geroglífico audaz, testigo mudo
Que incrustó en los *dinteles* de la tierra
Quien sostenerse á su dintel no pudo,
Ahí estás con tu irónica sonrisa.

Hago otro paréntesis, solo para observar que el señor



Revista del emperador Napoleon en el campo de Satory, en presencia del duque de Genova.

Zorrilla en su trabajosa tarea de remedar la inspiracion, ve la sonrisa en todas partes. Las fuentes, las aves, los espíritus, todo lo que el autor pone en juego en sus meditaciones filosóficas viene con la sonrisa en los labios. La calavera se rie ó se sonrie ocho ó diez veces.

Tus huecos ojos y tu calva frente,
Aguardando tal vez la última brisa
Que al puerto del morir lleva la gente.

¿Qué miran, dí, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿Rien de los humanos desvarios
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, dí, desnuda calavera,
Crédito del que fué, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera,
No como suya te querrá ninguno?

¿Oyes alguna vez esa campana
Que dobla por los vivos que murieron?
¿Al eco de su voz triste y lejana
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
Acaso algunos monjes te llevaron
A un templo donde en pompa lastimera
Sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura
¿Sin duda que gozaras cuando vieras
Tantas cabezas que la tierra IMPURA
Ha de tornar en tantas calaveras!

Cuando á la roja luz de los blandones,
En el metal del ara te veías,
Al contemplar tus cóncavas facciones,
Tu espantoso mohín, ¿no te veías?

Al revolver tus viejos pensamientos,
Si acaso pensamientos te dejaron
Las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿No te excitó á reir lo que pensaron?

Como verán mis lectores, al criticar esta composicion del señor Zorrilla, no hago generalmente mas que marcar con letra cursiva aquellas palabras y frases que nada dicen, ó que encierran algo de impropio y hasta de ridículo alguna vez; pero al trasladar este último cuarteto no he podido ménos de hacer una pausa, sorprendido de ver en tan corto número de palabras un número tan grande de desatinos. ¿No es chocante atribuir á una calavera pensamientos, y lo que es mas, pensamientos viejos? ¿Porqué viejos? ¿Porqué revolverlos? Y cuidado que todo esto es sublime comparado con la reflexion de si los vientos, los gusanos y las lluvias habrán dejado pensamientos á la calavera, en lo que el autor aparenta creer que una cabeza tiene pensamientos despues de muerta, hasta que las lluvias, los vientos y los gusanos la quitan la facultad de pensar. Pero ¿qué tiene esto de extraño si, segun el último verso de dicho cuarteto, los gusanos, los vientos y las lluvias piensan tambien? Prosigamos.

¡Oh! gran cosa tener en una farsa

El señor Zorrilla llama farsa al oficio de difuntos, no porque el señor Zorrilla no sea buen cristiano, sino por la fuerza del consonante.

¡El principal papel, la voz primera!
Y ver al rededor pueblo y comparsa,
Siendo en un funeral la calavera.
Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo.

Siendo un pueblo y un rey de quienes se habla, debia decirse cabizbajos, humildes y quedos.

Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el cobarde corazón de miedo.
¡Oh! gran cosa tener reyes y hermosas
Descubierta y doblada la cabeza.

¡Mentira! Las mujeres no se descubren en la iglesia.

Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza.

¿Porqué?

Y en un sitio de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pié como un juguete,
Y reir de la esclava muchedumbre
¡A la sombra de sordido bonete!

¡Gran corona imperial, grave tocado!
En un harapo inútil é irrisorio,
Un esqueleto seco y descarnado
Presidiendo en un túmulo mortuario.

¿Dónde á la entrada del fatal recinto
Suenan los brándis, la algazara y grita
Que dentro del mundano laberinto
Al insensato populacho irrita!

No lo entiendo, ni el autor tampoco lo entiende.

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:
« Ríete y bebe, miserable, y danza,
Mientras en el lecho funeral te espero,
Porque yo soy tu fin y tu esperanza. »

¿Y no ries, sombría calavera?
¿No te se antoja descender al llano,
Y entrar en el festin como cualquiera,
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿En qué festin? El autor nos lo dirá cuando nos pruebe que las calaveras tienen manos.

Porque si fuiste grande y poderoso,
Sin duda que en ensayos seductores
Sondaras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores.

Cada vez lo entiendo ménos, y al autor le sucede lo mismo.

Porque si fuiste austero solitario,
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzaras temerario
En pos de otro placer algun suspiro.

¿No te se antoja descender al llano,
Engalanada, y fácil, y ligera,
Y en la fiesta mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera?

Seria un antojo bien necio.

Renuncio á citar mas versos de esta composicion que es sumamente larga, y podria serlo mucho mas, puesto que el autor repite en quintillas casi todo lo que habia dicho en los endecasílabos; y despues pone las mismas quintillas en romance, sin duda porque el señor Zorrilla ha creído, y muchos apoyan su opinion, que la importancia del poeta debe medirse por el número y no por la calidad de los versos. Firme en esta creencia toma la pluma y escribe sin reparar en lo que ha de decir, sin pensar siquiera que debe decir algo, en una palabra, dispuesto á ensartar muchos versos aunque sea repitiendo las mismas ideas, porque solo apelando á este medio y saliéndose á cada paso del asunto y amontonando voces incoherentes puede un hombre hacer la friolera de cuatrocientos y tantos versos que tiene la tal fantasía á la calavera. ¿Para qué? Un poeta como Eurípides que, en su horror por la fecundidad de los copleros, aseguraba emplear tres dias para hacer tres versos, habria creído abusar de la paciencia del lector haciendo mas de veinte versos á una calavera. Verdad es que un verdadero poeta hubiera dicho cosas muy buenas, pero no habria sido tan fecundo como Zorrilla; no habria producido los versos á centenares que es lo que mas asombra al vulgo.

Tal es, señores, el poeta Zorrilla que durante muchos años ha estado usurpando una colosal reputacion, y que hoy mismo en el concepto de algunos es el poeta de su época. ¡El poeta de la época! Aun cuando yo reconociese en Zorrilla bastante talento para colocarlo á la altura de los hombres de genio, aunque yo viese en sus versos la elevacion de la idea á la altura de la entonacion musical, todavia tendria que exigirle para considerarle como la expresion de la sociedad presente, aspiraciones mas en armonía con el espíritu del siglo que las que en sus escritos descubre.

El poeta para llegar á ser la expresion de una generacion dada, es necesario que vaya á la vanguardia del pensamiento filosófico, que no vuelva atrás la vista sino para echar un puñado de tierra en la fosa donde yacen las viejas supersticiones, que enseñe á sus hermanos el camino de las conquistas morales y materiales; y Zorrilla, doloroso es decirlo, es un anacronismo en el siglo actual, un hombre de buen fondo que á pesar de su noble alma hubiera quemado á los moriscos en tiempo de Felipe III como hubiera antes servido ciegamente á las miras sanguinarias de D. Pedro el Cruel. No, yo no puedo reconocer en Zorrilla esa especialidad que él mismo tiene la ilusion de creerse, porque una de las cosas en que ménos talento manifiesta es la de tener de sí mismo un alto concepto, y no solamente niego que haya traído alguna mision providencial que cumplir en su siglo, para lo cual seria necesario que manifestase tendencias ménos recalcitrantes, sino que ni siquiera le acepto como poeta lírico, pues para esto seria preciso que viese yo en él esa espontaneidad, esa naturalidad y ese buen juicio que acompañan siempre á la inspiracion. Y no se me diga que los grandes poetas suelen tambien cometer grandes faltas, citándome en corroboracion de este aserto los respetables nombres de Chateaubriand, Victor Hugo y Lamartine; porque contestaré que si estos grandes hombres pecan alguna vez de desordenados, si en sus obras se notan ha-ta defectos de lenguaje, este desórden y estos defectos que son la excepcion en los hombres de genio, constituyen en Zorrilla el estado normal. En cambio cuando Lamartine,

Victor Hugo y otros hombres privilegiados cometen una falta, saben disculparla produciendo bellezas de primer orden, dando acceso á ese torrente de ideas que iluminan la mente ó inflaman el corazón de los mortales, mientras que en Zorrilla un disparate es el precursor de otros muchos, sin que jamás acierte á conmover las fibras del sentimiento, ni á iluminar la razon de sus semejantes, ni á producir en fin otro efecto que el de atortolar á los necios, dispuestos segun llevo dicho á recibir como sublimes las frases hinchadas que no alcanzan á comprender.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Principiarémos por pagar la deuda que tenemos contraida con nuestros lectores, poniendo á continuacion las dos composiciones ofrecidas en el último número de este periódico, y sacadas, como las anteriores, de la *Corona poética* dedicada á la Emperatriz de los franceses.

He aquí la primera de estas poesías intitulada **EL MANZANARES AL SENA**, original de D. Antonio Flores:

¿Porqué tiñe el Manzanares
De luto su fresca orilla,
Lágrimas vertiendo á mares
En los campos de Castilla?

¿Porqué sus rizos desata
Y en silenciosa corriente,
Ni lleva espumas de plata,
Ni da frescura al ambiente?

¿Porqué se abaten sus olas?
¿Porqué, con rumbo perdido,
De las playas españolas
Quiere alejar su gemido?

¿Qué pena al triste le aqueja?
¿Quién le robó la hermosura,
Que aun en sus aguas refleja
Alba candorosa y pura?

¿Dó está la perla nutrida
En sus lípidos raudales?
¿Dónde la imagen querida
Que retrató en sus cristales?

¿Quién motiva su querella?
¿Quién su quebranto ocasiona?
¿Quién robó la flor mas bella
De su esplendente corona?

¿Porqué tiñe el Manzanares
De luto su fresca orilla,
Lágrimas vertiendo á mares
En los campos de Castilla?

¡Ah! su llanto no te asombre,
Deja que corra afligido,
Gravando en su arena el nombre
Del bien que llora perdido.

El nombre, que en eco blando,
Melancólicas gimiendo,
Las aguas que van pasando
Van sin cesar repitiendo.

Déjale que en honda pena
Traspase el Pirene osado,
Para demandar al Sena
La perla que le ha robado.

El ¡ay! de su alma salido
En Francia lo ha de buscar,
Que lo que España ha perdido
Francia lo supo encontrar.

A estas sentidas quejas del Manzanares expresadas en fáciles versos por el señor Flores, da cumplida respuesta el señor D. Ramon Satorres, con la siguiente composicion que lleva por título **EL SENA AL MANZANARES**:

Quejándose el Manzanares
Está de su suerte aciaga,
Que ha dejado sus orillas
La Ninfa que mas amaba:
Fuese á la márgen del Sena,
Río abundoso que baña,
Con sus revueltas corrientes,
La gran capital de Francia.
Por pobre y humilde siente
Mal este agravio su alma,
Que toma á desden la huida
De su Ninfa idolatrada.
El Sena que oye sus quejas
De su cauce se levanta,
Y así con claros acentos
Y en son de consuelo le habla:

« Quieto, quieto, Manzanares;
» Mas compasivo me trata,

» Que son como mis corrientes
 » Grandes tambien mis desgracias.
 » La Náyade placentera
 » Que viene á alegrar mis aguas,
 » Es don que el cielo me envia
 » Tras espantosas borrascas.
 » No me la envidies, ¡oh rio!
 » Que fuera en tí grave falta,
 » No teniendo mis pesares,
 » Quitarme mis esperanzas.
 » Ya sé que no faltan penas
 » A esa tu corriente mansa,
 » Que para sufrir desdenes
 » Con ser humilde te basta:
 » Ya sé que en tropel ruidoso
 » Tambien á tu mente asaltan
 » Recuerdos de hermosos dias
 » Que tu existencia acibarón.

» Tus hoy oscuras orillas,
 » Tus desiertas enramadas,
 » Fueron un tiempo teatro
 » De mil amorosas ansias.
 » Bajaban á tus vergeles,
 » En tumultuosa algazara,
 » Los garbosos caballeros
 » Y las bulliciosas damas:
 » Y allí sonaban querellas
 » Que el inquieto amor fraguaba,
 » Y tiernísimas endechas,
 » Y sentidísimas pláticas,
 » Y suspiros amorosos
 » Que los zéfiros llevaban
 » Envueltos con los murmullos
 » De esas tus tranquilas aguas.
 » Ya esos placeres pasaron,
 » Y á tus márgenes no bajan
 » Ni los tiernos amadores,
 » Ni las doncellas bizarras;
 » Ni animando tus florestas,
 » De San Juan en la velada,
 » Suenan los alegres cantos,
 » Si las placenteras zambras.

» Huyeron esos placeres,
 » Dejando vacía el alma,
 » Que son los bienes perdidos,
 » Luto de las esperanzas.
 » Mas todas tus amarguras
 » Son, pobre rio, menguadas,
 » Junto á las que triste lloro
 » Con el raudal de mis aguas.
 » Mucho mi poder me abona,
 » Mucho mi nombre me ensalza;
 » Mas tambien mucho me abruma
 » El peso de mi arrogancia.
 » Veintitres puentes oprimen
 » Mis atlánticas espaldas,
 » Y aunque el ánimo me sobra,
 » Siento que el poder me falta.
 » Palacios y monumentos
 » En mis ondas se retratan,
 » Que en fuertes lienzos de piedra
 » Mis altos timbres proclaman.
 » Mas no adornan mis orillas
 » Flores que al céfiro entreabran
 » El regalado capullo
 » Que ricas esencias guarda.

» Fáltame el rumor alegre
 » De las pastoriles danzas,
 » Y el balar de la cordera
 » Que á sus pequeñuelos llama.
 » Fáltame el trinar suave
 » De las aves que en bandada
 » Salen á poblar el viento
 » Con los fulgores del alba.
 » No baja ya á mis orillas
 » La paloma fatigada
 » A estremecer mis espumas
 » Con el batir de sus alas:
 » Ni crece yerba en mis márgenes;
 » Que solo el tiempo me guarda
 » Ruinas de imperios y nombres
 » Que el bronce rugiendo aclama.
 » No hay reposo en mis orillas,
 » Ni paz encuentran mis aguas,
 » Ni hay noche para mis ojos,
 » Ni tregua para mis ansias;
 » Que siempre atruenan mis ondas
 » El rugir y la amenaza
 De ese monstruo de mil lenguas
 Que á un tiempo ruidosas hablan:
 » De esa confusion de gentes,
 De ese hervidero de almas,
 » De esa Babel de los siglos
 » Que á los cielos amenaza;
 » De ese Paris, pueblo insigne
 » Por sus letras y sus armas,
 » Patria de ilustres varones,
 » De claros ingenios patria;
 » Foco de la inteligencia
 » Que en torno luciente irradia
 » Rayos de luz que atrevidos
 » Los velos del tiempo rasgan;
 » Mas tambien fragua encendida
 » De donde el infierno lanza

» Los incendios que devoran
 » Pueblos, naciones y razas.

 » Ya ves, ¡oh, rio! mi historia
 » En breves líneas trazada;
 » Duélete de mis quebrantos,
 » Y compadece mis ansias.
 » Ya muchos dias nublados
 » Hora en mi cielo miraba,
 » Y llevaba muchas horas
 » En triste duelo contadas;
 » Cuando ha venido la Ninfa
 » Que hoy quejoso me demandas,
 » A dar tregua á mis pesares,
 » Y á anunciarme la bonanza.
 » Déjame pues, pobre rio,
 » Que esa Ninfa idolatrada
 » Dé paz á mi triste cielo
 » Y grato aliento á mis auras.
 » Que venga á vestir de flores
 » Mis márgenes desoladas,
 » Y que de mirto y de rosas
 » Me ciña frescas guirnaldas.
 » Y haya placer en mis márgenes,
 » Y murmullos en mis aguas,
 » Y suenen gratos suspiros
 » Y voces enamoradas.

» Mira pues, oh Manzanares,
 » Que fuera en tí grave falta,
 » No teniendo mis pesares,
 » Quitarme mis esperanzas.»

Así el caudaloso Sena
 Habló con tristes palabras,
 Dejando en el Manzanares
 Honda huella sus desgracias.
 Dolióse este de sus cuitas,
 Movióle su suerte aciaga;
 Y acordándose de que era
 Española su arrogancia
 Contestó al Sena acuitado
 Con resolución magnánima:

« Gozoso te cedo al fin
 » La Ninfa que tanto amas,
 » Mas guárdala bien que es joya
 » Para saber estimarla.
 » Dala frescos pabellones,
 » Como los que aquí anidaba,
 » Y dobla las voluntades
 » Bajo su divina planta.
 » Dála músicas y fiestas,
 » Y siempre lucientes ardan
 » Las estrellas en tu cielo
 » Y mis fuegos en tu alma.
 » Yo la crié, tú la tienes;
 » Que un día la historia ingrata
 » Cuando memore sus triunfos
 » No olvide nunca á su patria.
 » Pintores, ya vuestros lienzos
 » Aprestad; abra sus páginas
 » La historia, y un himno sea
 » De admiracion y alabanza
 » El que brote de la lira
 » De los poetas, y salga
 » El fuego que el pecho enciende;
 » Y no amengue las distancias
 » El eco de la victoria.
 » Que hoy envanecida alcanza
 » La mas divina hermosura
 » Que bajo los cielos anda,
 » Seguida de los amores,
 » Y por las dichas llevada.»

Hemos debido suplir con un renglon de puntos una gran parte de la descripción de la ciudad de Paris, y no porque nos haya parecido inútil en el romance, pues al contrario, completa debidamente el pensamiento del autor con el cuadro de esas agitaciones revolucionarias que traen consigo dias tan aciagos, sino por la razon, inexorable siempre para los periodistas, de que nos falta espacio. Sin embargo, no por esto dejaremos de añadir que la composición del señor Satorres es una de las mas selectas que contiene la *Corona Poética*, y sobre todo una de las que mas descuellan en la obra, tanto por la novedad y gracia de su asunto, como por su buena forma literaria.

Nada mas dirémos sobre este álbum. El lector adivinará fácilmente por las cuatro composiciones que llevamos citadas, que el libro en cuestion, donde no brillan mas que nombres conocidos en la república de las letras, es una ofrenda digna de la alta persona á quien se dedica.

Descendiendo ahora de las alturas del Parnaso, al humilde terreno de nuestra crónica semanal, dirémos á nuestros lectores que hemos entrado de lleno en la estacion en que Paris se entrega alborozado á las fiestas y diversiones campestres, ansioso de reponer sus fuerzas aniquiladas por el duro invierno.

Cada uno de esos pueblos frescos y risueños que tanto abundan en las cercanías de la inmensa capital, es un centro de vida que hierve de animacion parisiense. Quizás otro dia harémos una excursion por esos lugares privilegiados de la naturaleza, y llevarémos al lector á Montmorency, célebre por los recuerdos que ha dejado en él uno de los hombres mas eminentes del pasado siglo, famoso tambien por su campiña y por su hermoso valle, donde se descubre el lago de Enghien, digno de la

Suiza, con sus riberas adornadas de castillos y de caseríos, caprichosas creaciones de esta arquitectura parisiense que no se cansa jamás de crear caprichos; ó pasarémos á la floresta de San German, uno de los paseos mas concurridos en los grandes calores, ó visitarémos Saint-Cloud ó Versalles; Versalles, esa ciudad de Luis XIV, donde reina un aire de regia tristeza que embriaga los ánimos y oprime el corazon con el peso de tanta grandeza caída. Versalles es como el Escorial; parece impregnado todo del aliento de un hombre cuya historia por todas partes se respira. En vano se ha transformado en Museo el palacio del antiguo monarca; por entre los lienzos en que el pincel moderno ha inmortalizado las glorias nacionales, el espectador descubre los dorados muros de los aposentos de aquel rey que formó época en los anales de la Francia. Su genio, sus gustos, su grandeza misma, un poco teatral, aunque sólida y verdadera como ha dicho un autor inglés, están allí en caracteres indelebles, como el genio vasto y sombrío de Felipe II se halla escrito tambien en el tétrico monasterio de San Lorenzo.

Pero por hoy nos contentarémos con un viaje al campamento de Satory, cerca de Versalles, donde se ejecutan muy á menudo maniobras militares y simulacros, y donde verémos al Emperador pasar una revista en presencia del señor duque de Génova.

El domingo á eso de las once, la division de caballería, los dragones de San German, y otros varios cuerpos salidos de Paris, formaron en el campamento de Satory, componiendo en todo cuatro brigadas de infantería, tres de caballería, y cuatro baterías de artillería, la infantería mandada por el general Martin de Bourgon, y la caballería bajo las órdenes del general Korte.

El Emperador, en uniforme de general, llegó á Satory á la una y media, acompañado del duque de Génova, del príncipe Napoleon y de varios mariscales y generales, y despues de recorrer la línea que formaban las tropas, se colocó en un terraplen de frente al campamento, donde presenció el desfile de los cuerpos. En el momento en que se retiraba, llegó la Emperatriz á Satory, acompañada del mariscal Vaillant y de la duquesa de Basano, en una carretela descubierta.

En el grabado que va á la cabeza de este número se ve al Emperador con su comitiva pasando esta revista.

MARIANO URRABIETA.

12 de junio de 1853.

Procesion del Córpus en Roma.

El que escribe estas líneas debe advertir á sus lectores que se pongan en guardia contra las impresiones de su narracion, no porque no haya presenciado el grandioso espectáculo que va á describir, sino por lo mismo que lo ha visto y no puede recordar muchísimos detalles que daria, si hiciese este artículo con el auxilio de los libros en que se habla del asunto.

Quando asistí á esta procesion hacia un tiempo magnífico, circunstancia que no debe omitirse tratándose de una ceremonia religiosa y de una fiesta italiana, porque el mal tiempo de este país en la estacion de verano es un compuesto de lluvias y tempestades. Estas disposiciones favorables de un cielo azul y luminoso dieron ánimo á los habitantes para hacer sus preparativos de devocion en la corta carrera por donde la procesion debia pasar, que es la plaza de San Pedro. En Florencia y otros puntos de Italia, la ceremonia, ménos pomposa que en Roma debe al sitio en que se verifica, detalles íntimos que la embellecen imprimiéndola un carácter mas italiano. Allí la procesion en lugar de encerrarse en un estrecho círculo, atraviesa multitud de calles, pasando por arcos de ramos y flores entre dos murallas de casas atestadas de vistosas colgaduras. Si Roma no puede dar estas muestras de piedad interiormente, echa fuera de su recinto la mayor parte de su pintoresca poblacion, viéndose la muchedumbre caminar agolpada por todas las vias que confluyen á la Ripetta y al puente de Santo-Angelo. Sabido es que el aspecto de la poblacion de las ciudades septentrionales de la península forma un raro contraste con las maravillas de su arquitectura. Figuráos á los caballeros embutidos en nuestros fraques rabricortos y con la cabeza adornada por el nada gracioso fieltro cilíndrico circulando por entre estos palacios cuyas fachadas de piedra parecen de encaje, y estas casas pintadas y estas preciosas iglesias. ¡Qué desencanto! El traje de las señoras desdece mas todavia, — pues solo ofrece un plagio de las modas mas atrasadas y exageradas de Paris. Al contrario, dentro de la capital del mundo cristiano la gente del pueblo y algunas personas de la clase media han conservado un traje tradicional que habla agradablemente á la imaginacion. Por otra parte, numerosas caravanas de los alrededores vienen á mezclarse con la poblacion indígena. En los dias de solemnidad religiosa el silencio imponente de la ciudad eterna es interrumpido por los cantos litúrgicos, y se diria que esta ciudad es una Pompeya que resucita. Todas las campanas tocan á vuelo, innumerables peregrinos llenan los caminos de Roma generalmente desiertos. A los *contadini* que avanzan con su bayeta cuajada de cintas y el capoton oscuro á la espalda, siguen los *frigittori* de la plaza de Navona,

los ropavejeros de Ghetto acompañados de sus mujeres, que llevan el corpiño de escarlata y la cabeza atestada de adornos deslumbradores. Mientras el rosario rueda entre los dedos de los moradores distraídos ó absortos, sale la procesion de San Pedro: las órdenes secular y religiosa se presentan desde luego en dos filas; un largo

y amarillento sayal y el cordon oprimiendo la cintura designan á los hermanos mendicantes á cuya devota comunidad sucede la piadosa magnificencia de los capítulos, *San Pedro, Santa Maria la Mayor y San Juan de Letran* cubiertos con sus palios y flanqueados de sus correspondientes bandas de música. Detrás de este

grupo marchan los cubicularios apostólicos con hábito escarlata, los abogados del consistorio, de negro, los capellanes con ropa de color de naranja y los camareros de honor con ropa violeta cuajada de estrellas. Los obispos y los patriarcas vienen en seguida con la cabeza descubierta y la mitra blanca en la mano; luego



Procesion del *Corpus domini* en Roma.

los cardenales con su capelo encarnado. Las trompetas anuncian, en fin, la presencia del soberano pontífice precedido de su séquito, de sus capitanes de guardia y de los embajadores de las testas coronadas. Su santidad marcha bajo un solio de terciopelo carmesí llevando en las manos el sol de oro con que bendice al pueblo arrodillado. En medio de la bruma perfumada de los in-

densarios, su traje le hace distinguirse del resplandiente acompañamiento que le rodea, y este traje consiste en una sotana de raso blanco, bonete encarnado y la estola. La marcha está cerrada por los capitanes de los cuarteles de Roma, cubiertos con largos vestidos de terciopelo carmesí, galonados de oro, y al rededor de estos los alabarderos de la guardia pontificia. Como para

servir de complemento á esta breve relacion de la ceremonia mas solemne tal vez del culto católico, figuráos si es posible los encantos, el realce que puede dar á este espectáculo un cielo de los mas hermosos y una muchedumbre inmensa ofreciendo en sus trajes los colores mas vivos y rutilantes y los tonos mas fogosos de la paleta veneciana.



Fiestas de la Constitucion en Turin.

Una excursion por Holanda.

Ya me hallo en Holanda, y dispuesto á comunicar mis primeras impresiones. La idea de visitar este país sombrío y nebuloso no me halagaba, pero recorriendo dias pasados el puerto de Amberes, oí de repente la campana de uno de los buques que se preparaba para salir de él. Seguí la corriente, y en ménos tiempo que el que emplea una golondrina para atravesar el espacio, me ví trasportado al barco de vapor, titulado la *Amicitia*. — Capricho súbito de una correría, de un desembarco en los Países-Bajos, sin armas ni bagajes. ¡Enhorabuena! me dije, marchemos, y ¡suceda lo que quiera! con estas ideas bajo á la cámara, examino con la vista á los pasajeros que la pueblan; todos se agitan, se informan, vocean; la última señal se oye, el vapor silva, los cables se sueltan, y ¡ya estamos á merced de las olas!...

Poco diré de la travesía, porque el viento soplabá con demasiada violencia para permitir el contemplar desde el puente los paisajes de la costa que desaparecian como por encanto. Solo dos oficiales de la marina holandesa, que parecían que se burlaban de lo que ellos llamaban brisa ligera, se hallaban junto al timon, con el cigarro en la boca, siguiendo con indiferencia una discusion acerca de la hora aproximativa de la llegada al término del viaje. Solo y ocioso como uno se ve bajo cielo extranjero, pronto se siente la necesidad imperiosa de escoger entre el círculo de personas que rodean á uno, á quién hablar; así, despues de los cumplimientos de rigor, entablé con el que me era mas simpático una conversacion, absolutamente necesaria para mí en aquellos momentos. Despues de haber hablado ligeramente de diferentes cosas curiosas de su cara patria, hácia la cual manifestaba la adoracion de un italiano por su Madona, me propuso una partida de ajedrez, que acepté, aunque no veía en ella la mejor manera de continuar la conversacion. El tiempo se deslizó insensiblemente, y despues de muchos jaques y mates, vimos, que sin apercibirnos de ello, estabamos á punto de llegar al bonito puerto de Flesinga. Como todas las ciudades pequeñas de Holanda, Flesinga es muy limpita, pero de una monotonía desoladora. Mi estancia allí fué corta; despues de visitar el arsenal de la marina real, y de ver la hermosa estatua de bronce del almirante Ruitter, nativo de esta ciudad, partí para la capital de Zelándia, para Middelburgo.

El carruaje, ó por mejor decir el horrible patache que me conducía, estaba construido de un modo tan extraño, que hubiera avergonzado al último de los *corricolos* que ha rodado por espacio de muchos siglos en el poético suelo de Italia.

Middelburgo no dista mas que una legua del mar; el camino está guarnecido de toda clase de árboles y de setos inmensos que forman una línea continua; de tiempo en tiempo se aperciben una infinidad de queserías y alegres casas de campo, adornadas con las verdes y elegantes celosías holandesas que dan á los edificios del país cierto aire gracioso y confortable.

La Zelándia merece ser visitada, tanto bajo el aspecto de las costumbres primitivas que conservan sus habitantes, como por el de su agricultura. El cultivo de sus tierras es fácil y productivo. Es un inmenso jardín botánico, por lo variada y fuerte que es allí la vegetacion. Nada hay mas delicioso que el aspecto del campo; todo se halla escardado y compuesto; no hay un palmo de tierra descuidado; y esto explica la afición agronómica de esta nacion laboriosa. *Niets zonder zorg* (nada sin pena) es una máxima que se ve á cada paso escrita con enormes letras blancas en el dintel de las



Fumadora holandesa.



Lechera y sirvienta de la Frisa.

habitaciones, y que la memoria misma, con su invisible mano, parece haber grabado en el corazón de estas poblaciones. Lo que me gusta mucho es el traje pintoresco de estos buenos indigenas. Los hombres llevan una túnica larga de paño azul, abierta por delante, muy ancha, que casi les arrastra; bajo su chaqueta de terciopelo encarnado se ponen, á guisa de cinturón, dos inmensas placas de plata que parecen corazas; añádase á esto un sombrero casi sin alas, y se concebirá fácilmente el aire extravagante y cómico del conjunto. Las aldeanas en el campo y en las fiestas ostentan sus hermosos brazos desnudos, con tal fuerza y gracia, que podían envidiarlos, á ser posible, Milon de Crotona, y la Vénus de Médicis.

Si los hombres son feos, y encogidos como las pinturas de Rembrandt, las mujeres son á su lado una antítesis palpitante. Por la mañana, sobre todo, se puede admirar la pleyada de jóvenes grangeras, que llevan á la ciudad en cántaros de luciente cobre la leche fresca y de gusto delicioso. Allí se las ve con la frente barreada de cadenas elegantes, y con inmensos pendientes cilíndricos en las orejas, la chaquetilla ajustada á las caderas, y bajando sobre una falda corta y rayada, que deja ver un pie en miniatura, calzado con una especie de borceguí, sobre cuyo delantero, se ven flotar los contornos de una mariposa de cuero blanco, ingeniosamente recortada.

Despues de haber visitado el museo de historia natural, la gran iglesia protestante y la casa de la ciudad, de estilo gótico, dije á dios á Middelburgo para dirigirme al centro del país, á Rotterdam. El golpe de vista que ofrece esta ciudad al llegar al frente de ella es muy original y fantástico. Las casas, cuyas fachadas se reflejan graciosamente en el río, se parecen á verdaderas colmenas: y tienen muchas ventanas, postiguitos, balcones esculpidos, plataformas, terrazas floridas, estatuas: una cantidad prodigiosa de callecitas, y canales, que animan los buques de todas formas y países, circulando á velas desplegadas por aquel laberinto acuático; añádase á todo esto algunos centenares de molinos de viento, agitando sus gigantescas alas, á propósito para marear la cabeza mas fuerte, y se formará una idea de aquel panorama animado é imponente. Hallándose el dia muy avanzado para poder visitar aquella metrópoli comercial, renuncié á ello por el vivo deseo que tenia de ver al dia siguiente la apertura de la exposicion de flores en la Haya, de la cual me habian contado mil maravillas.

Antes de llegar al Haya me paré en dos pequeñas localidades. La primera es Schiedam, muy nombrada por los aficionados al excelente ginebra que allí se fabrica; la segunda, Delft, que encierra los magníficos sepulcros de la familia real de los Nassau, cuyo jefe es el famoso Taciturno.

No me propongo describir todas estas ciudades detalladamente, porque el que ha visto una las ha visto todas, y estoy tentado por decir lo que un cosmopolita inglés: « ¡Pardiez! el *spleen* me habia atacado uertemente, viendo que en todas se representaba la misma pieza! »

Despues de esto, permítaseme decir algo de la residencia real. El Haya es una ciudad encantadora; sus numerosos paseos del Bosch son elegantes y bellos, el Bosch, bosque inmenso, en que encinas seculares protegen en el estío con su fresca sombra un número infinito de deliciosos kioscos, y tiendas, donde se reúne un pueblo libre, y feliz, que saboreando el perfume de un té dorado, y el aroma de un tabaco exquisito. Quítese al holandés el uso del

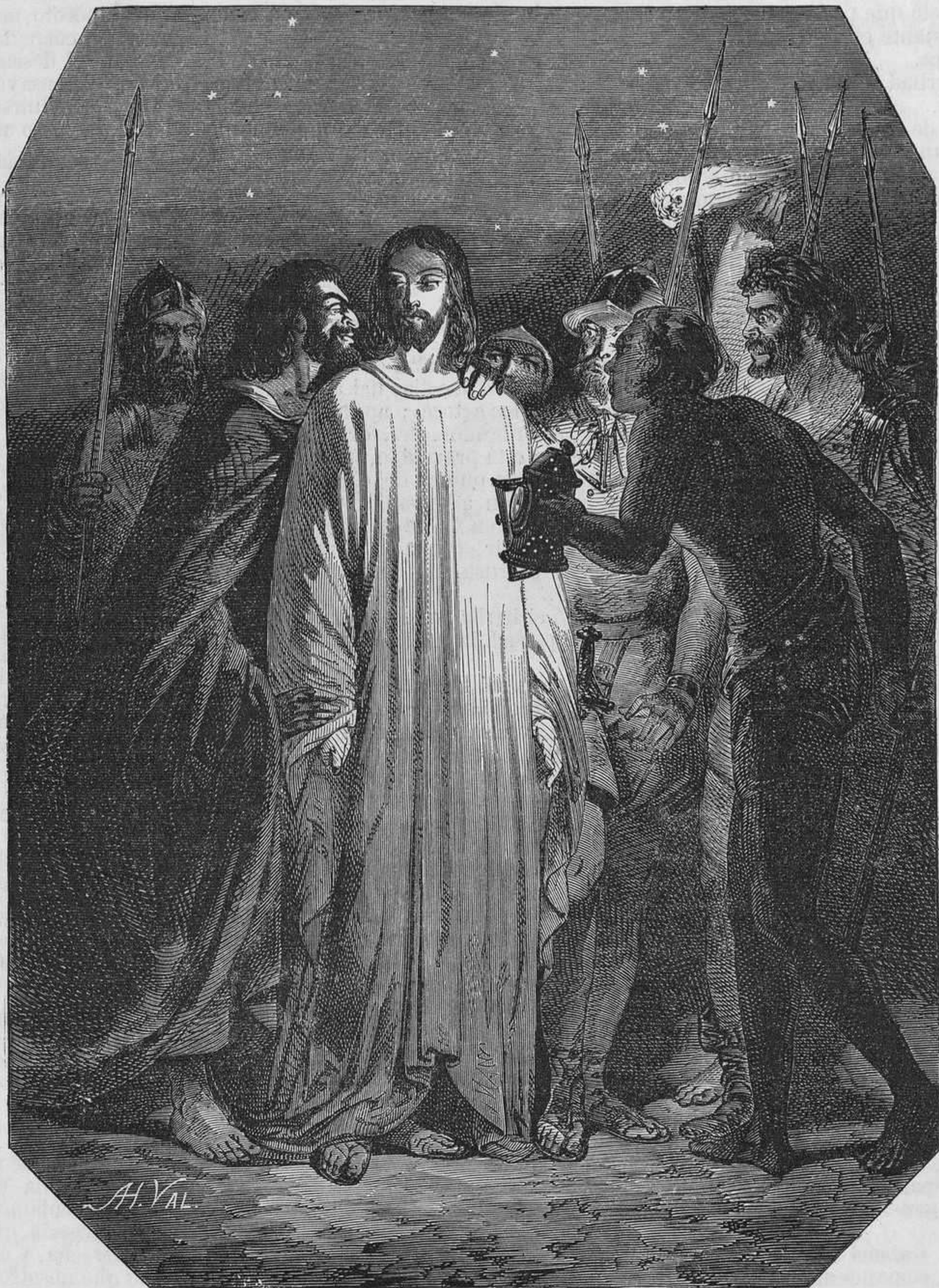
Exposicion de Bellas-Artes de Paris. — Artículo segundo.

Hemos dicho ya en nuestro primer artículo, que lo que se entiende equivocadamente por pintura histórica, arrastra muchas veces al gobierno á caer en errores, encargando á los artistas cuadros contrarios al fin y á la dignidad del arte. Una de estas malas inspiraciones ha producido un cuadro, anunciado de antemano, pero que no nos ha llamado mucho la atención, á pesar de su título extraordinario: *Scène de jacquerie moderne*. Esta pintura, de M. VERDIER, se halla colocada en una galería al lado de los bonitos dibujos de M. Chenavard, de un estilo tan elevado y fino. La historia contemporánea, aun cuando se presentara bajo un aspecto menos triste, no es casi nunca favorable al arte; para que las cosas, sobre todo aquellas cosas en que se interesan las pasiones políticas, puedan verse en una perspectiva conveniente, es preciso que haya pasado por ellas mucho tiempo.

M. Ziegler ha presentado un cuadro cuyo asunto es *la Paz de Amiens*, que debe colocarse en esta ciudad, en la misma sala donde tuvo lugar el congreso. M. Ziegler ha elegido el momento en que se abren las puertas del salon, y entran los funcionarios públicos, los ciudadanos y las señoras de la ciudad á presenciar como se echan las firmas y se ponen los sellos.

M. IVON ha expuesto un cuadro que representa *el primer cónsul bajando el San Bernardo* en Italia, el 12 de mayo de 1800. Esta obra, de un buen dibujo y bien ejecutada, ha salido á luz cuando acabamos de ver excelentes pinturas y grabados sobre el asunto. M. IVON ha concebido su composición con sencillez, y sin haber tratado de rejuvenecer el asunto con alguna novedad singular, como hizo M. Delaroche sustituyendo el caballo épico de David, con una mula mucho mas verídica. De todos modos, bajo el punto de vista histórico, M. Delaroche pudo tener razon para representar así á Bonaparte subiendo el San Bernardo, como á su vez la ha tenido también M. IVON para representarle á caballo en la bajada. Pero al decidirse M. Delaroche por el partido de la realidad, habría debido hacerle extensivo á los montes donde instalaba su escena, en vez de dar al paso del San Bernardo un aspecto de paisaje chino. Sin embargo, á pesar del aspecto un poco oscuro que domina en ciertas partes de esta obra, se distingue en ella mucha firmeza en el dibujo y mucha naturalidad en las actitudes.

Después de estos tres cuadros cuyos asuntos han salido de la historia contemporánea, si nos detenemos en las demás composiciones históricas, debemos mencionar ante todo la *Muerte de Agripina* por M. DUVEAU. El autor de esta composición, que en otras ocasiones ha pintado escenas violentas y terribles sacadas de acontecimientos vulgares, se ha atrevido esta vez con la tragedia clásica, con la tragedia antigua, de que tanto abusó la escuela de David, y tomándola, á la verdad, bajo un aspecto cuya temeridad está en contradicción con las tradiciones académicas. Agripina, salvada del



El beso de Judas.

nafragio en que Neron quiso hacerla padecer, y refugiada en una de sus casas de campo, es sorprendida por unos asesinos, que rodean el lecho en donde reposa llena de ansiedad; un centurion saca el arma homicida: Agripina se presenta al golpe, diciendo: « ¡Hiere en el vientre! (*Ventrem feri!*) última palabra de una madre al asesino que le envia su hijo, y palabra elocuente. M. Duveau representa á Agripina enteramente descubierta, incorporada en su lecho de un modo algo violen-

mántico, sino de un académico, de un miembro del Instituto, nada ménos. Este cuadro se intitula: *Derrota de los Cimbro y de los Teutones por Mario*, pero no hay que buscar aquí nada de lo que promete el título, pues no se ve mas que una confusion de hombres, de caballos, y de blancos y hermosos cuerpos de mujeres arrebatados por un huracan hasta una cascada: todo ello tiene un aspecto negro, agua, tierra y figuras, todo es lo mismo.

Hay algunos cuerpos de mujeres dibujados con una intencion rafa-desca, pero las bellezas aisladas no constituyen jamás el mérito de un cuadro.

M. BARRIAS, en un cuadro del *Dante Alighieri*, se ha inspirado de aquel pasaje en donde dice: « Los niños que le veian pasar, y contemplaban su frente lívida y verdo-sa, decian: Ese es el que vuelve del infierno. »

He aquí, en efecto, un buen asunto de pintura episódica. El todo estaba en reproducir debidamente los conocidos rasgos y la enérgica cabeza del Dante, pero M. Barrias nos ha pintado un hombre vulgar con un color de



La visita del dux.

enfermo, y muy mal aplicado. El autor ha estado mas feliz en los niños, cuya sorpresa y temor se hallan muy bien expresados.

GUADROS QUE ACOMPAÑAN Á ESTE ARTÍCULO.

M. HEBERT se ha dado á conocer de un modo tan extraordinario, que continuamente espera uno de él nuevas sorpresas. Esto es una exigencia que ha creado en el público, y por lo visto tiene intenciones de satisfacerla. En la *Malaria*, cuadro que le dió su reputacion en 1850, el sentimiento predominaba sobre la ejecucion; pero en los retratos de 1852, su delicadeza de ejecucion tomó una grande importancia, que conserva en el cuadro expuesto este año, y que reproducimos el primero con el título de *el Beso de Judas*.

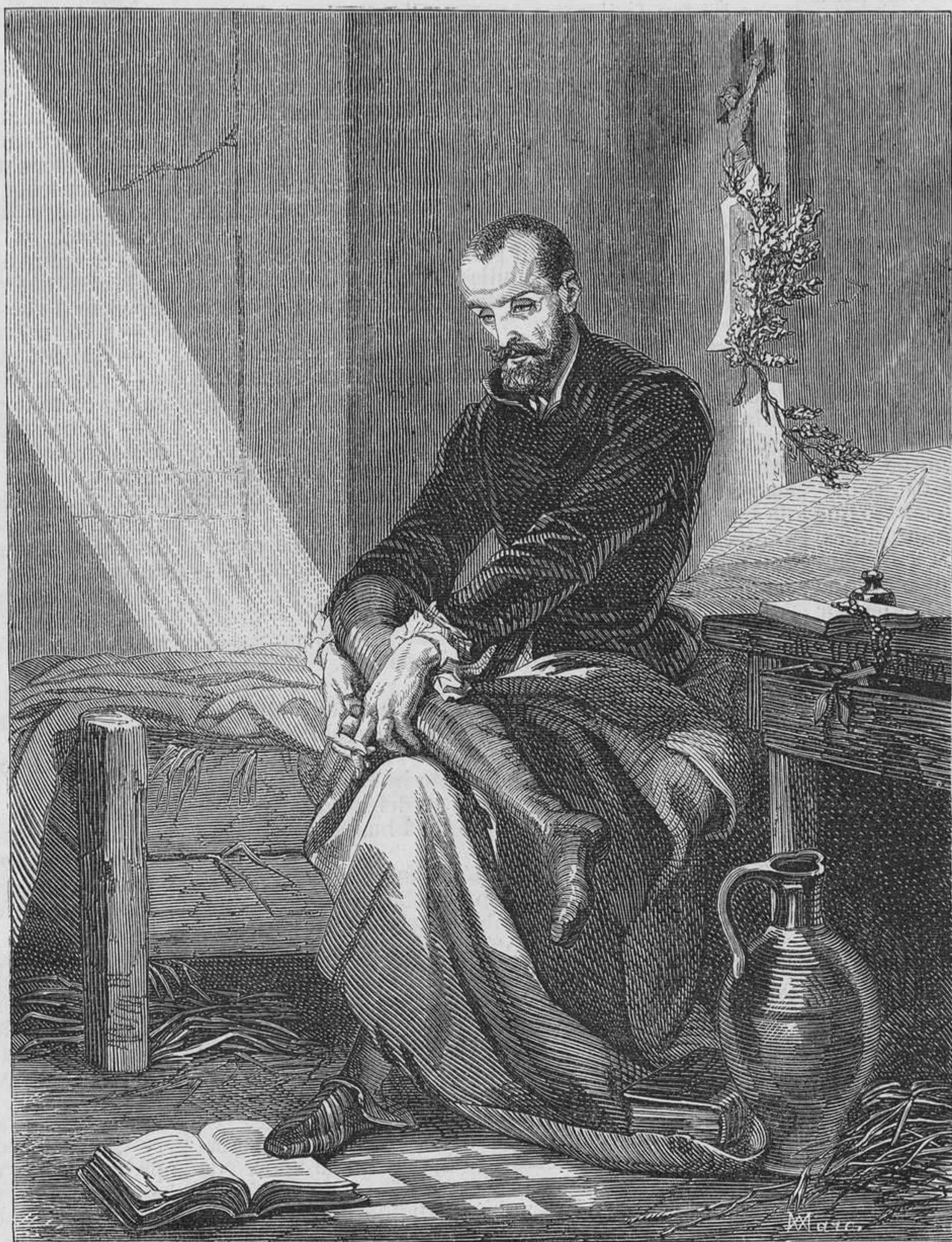
Esta pintura, de efectos luminosos, es una de las mejoras obras de la Exposicion; aunque á nuestro juicio este afan constante de buscar el efecto al estilo de Rembrandt, eclipsa un poco la elevacion y sencillez moral del asunto. ¿Porqué se ha dado á Judas Iscariote esa fealdad satánica que convendría mejor á un Mefistofeles? Judas no es un espíritu de las tinieblas, es un discípulo de Cristo, es un hombre de instintos buenos y malos, de inspiraciones de valor y de justicia, y de momentos de cobardía y abatimiento como tenemos todos los hombres. Judas vende á su maestro, luego se arrepiente, devuelve el precio de la sangre de Cristo, y despues de haber proclamado publicamente la inocencia de nuestro Salvador, se ahorca de desesperacion. Estamos viendo que el artista ha exagerado el contraste para que brille mas la suave hermosura de la cabeza del Hijo de Dios.

La sombra en que está envuelta una gran parte de la composicion perjudica bastante á la claridad que debieran tener en el cuadro todas las formas. Algunas cabezas brutales de soldados tienen un buen carácter; el cuerpo del que está con la luz en primer término, debía tener algo mas de relieve.

M. GALLAIT, el célebre pintor belga, ha expuesto este año dos cuadros, uno de ellos *el Tasso*, que encontrarán aquí nuestros lectores.

M. Gallait vivamente preocupado del efecto, ha dejado enteramente en la sombra el cuerpo y la cabeza del poeta, para que brille mas la claridad que arroja sobre sus manos. Pero esto es uno de esos efectos que se han comparado muy justamente con un pistoletazo en una cueva. Se concibe que un efecto tan pintoresco pueda seducir la imaginacion de un artista, y no es cosa que debe prescribirse; pero, sin embargo, tampoco puede emplearse indiferentemente.

En todas las cosas hay grados de importancia distinta, y los artistas no pueden violar á la gerarquía sin infringir las leyes de lo bello en el arte. Si estuvieramos en presencia de un pobre loco desconocido, quizás ese claro de luz llamaria la atencion del espectador, hasta el punto de fijar en la memoria el asunto del cuadro, pero en presencia del Tasso, todo el mundo busca en el lienzo la hermosa fisonomía del poeta, y cualquier objeto que viene á interponerse entre este deseo, queda considerado como un obstáculo importuno. El excesivo brillo de esas manos tan blan-



El Tasso.

cas, recuerda en el cuadro de M. Gallait aquellas *concelli* algo rebuscados que perjudican en ciertas ocasiones á la poesia del autor de *la Jerusalem*. Muchos pintores modernos pecan por insuficiencia; M. Gallait, por el contrario, peca por las combinaciones de su buen dibujo y colorido, que no se aplican, como es debido, al objeto que representa.

M. HAMMAN ha presentado la *Visita del dux Moncenigo*, acompañado del Ticiano, á Pablo Veronés, que los reci-

ideas puramente abstractas, á pesar de todas las formas con que las revista, no puede lograr el comunicarlás una vida que no les pertenece. ¡Amalgama singular en que la forma perjudica á la idea, ó la idea á la forma, pues la pintura no admite en su representacion las manifestaciones demasiado palpables de la vida. Por esto, nadie debe extrañar que la alegoría parezca fria y pálida. ¿Quién puede jamás tomar seriamente la personificación de una idea general, como la paz, la gloria, la

justicia ó la filosofia, de un ser que quiere parecer figura humana, pero que se niega al mismo tiempo, no queriendo pasar por lo que parece, sino dándose como por una máscara, en cuyo fondo el espectador debe buscar lo que no descubre? Pero sin embargo, la máscara tiene que llevar bien dibujados sus miembros y sus músculos inútiles; y cuando el artista á fuerza de estudio, de arte y de trabajo, ha acabado su obra, la figura que ha creado, cualquiera que sea su belleza, es cosa inferior; de su valor hay que rebajar toda la diferencia que existe entre lo que vive y lo que no vive: en una palabra, puede agrandar un instante, recrear las miradas de paso, pero jamás inspirará amor ni pasion duradera.

Sin embargo, no se entienda por esto que queremos formular aquí una proscripcion absoluta de la alegoría en pintura, género muy propio para



Lectura de un testamento en la Bretaña.



Trajes del valle del Danubio.

ca ceden quizá á este último.

Los paseos que rodean el establecimiento son muchos, y ofrecen todos cierto interés mas ó ménos grande, segun la disposicion de ánimo de aquellos que los frecuentan. Por todas partes presentan objetos interesantes al botánico, al geólogo, al historiador, al curioso de leyendas y crónicas. Tienen vistas preciosas, cavernas naturales, ruinas de los tiempos feudales, espectáculos variados, asuntos dignos de atención.

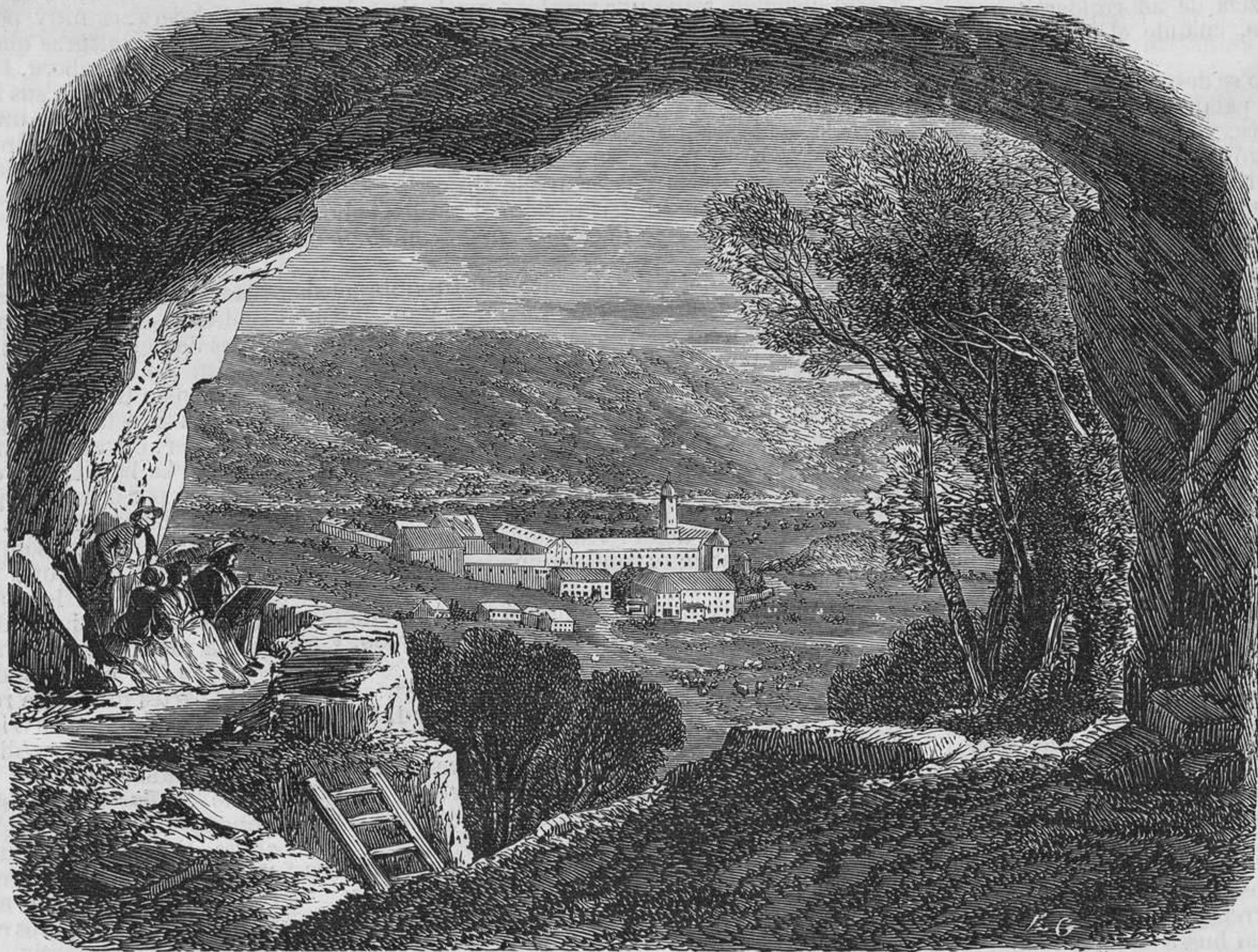
Entre las grutas próximas, hay especialmente tres que merecen los honores de una visita. Las de San Pedro y San Pablo, á las cuales guía



Trajes del valle del Danubio.

con su familia son las únicas personas que habitan el convento. La iglesia está desierta; solo los domingos ocupan algun banco de la nave los pocos feligreses de Beuron. El órgano, que acompañaba los cánticos de los monjes, ha sido vendido; la rica biblioteca diseminada, y por fin, nada queda ya de lo que formó la gloria y el esplendor de aquella abadía, una de las mas ricas de Suabia, y de las mas famosas en ella por su saber.

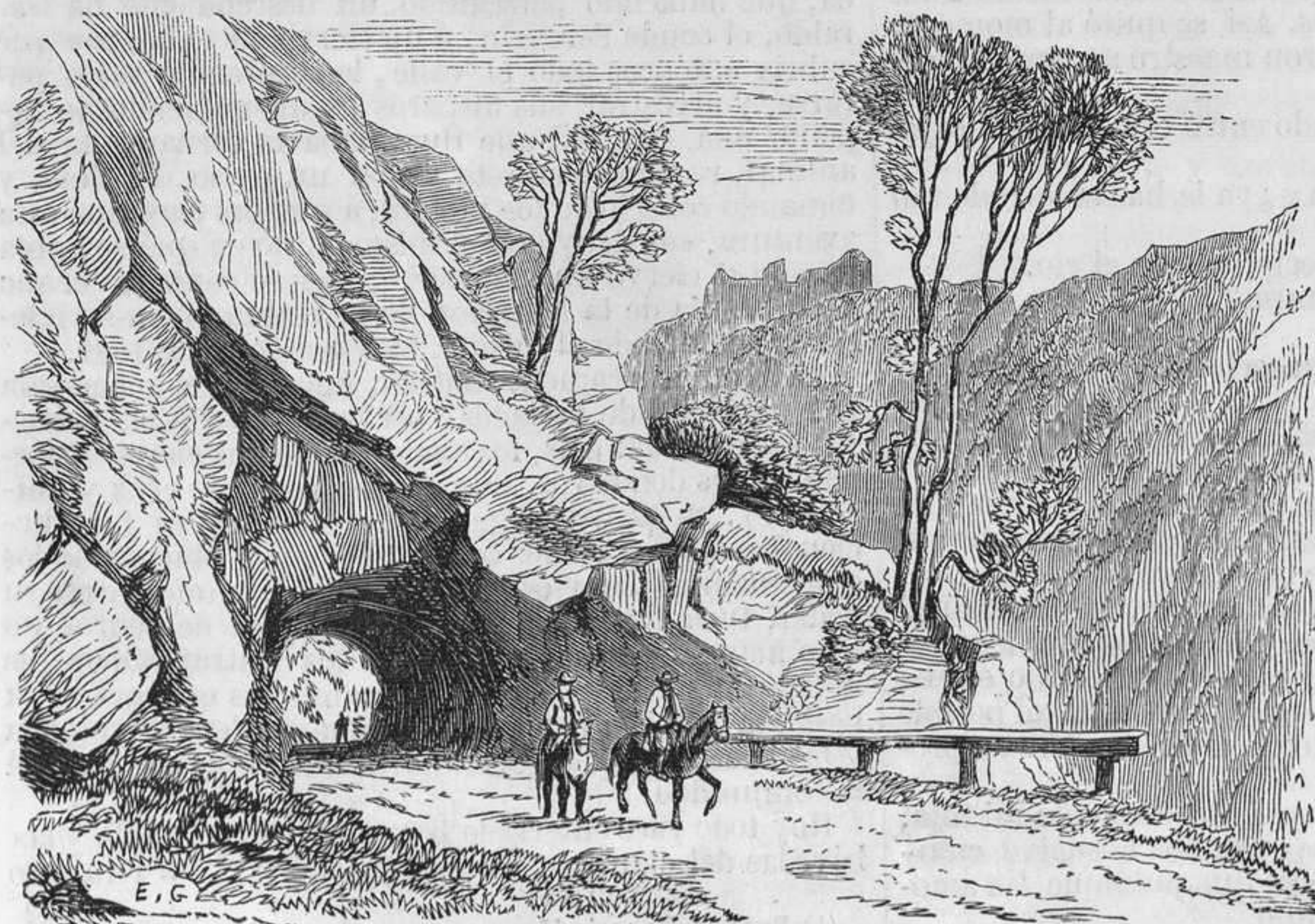
Pero la naturaleza conserva su encanto, y ella sola atrae al extranjero. En los doce años que cuenta de existencia el establecimiento sanitario, formado junto á las antiguas paredes del convento, su reputacion ha ido en aumento, y rivaliza á estas horas con Veissbad y Gais, que, bajo el aspecto de las yerbas aromáticas que cubren los Alpes, no aventajan á Beuron, y bajo el de la situacion poéti-



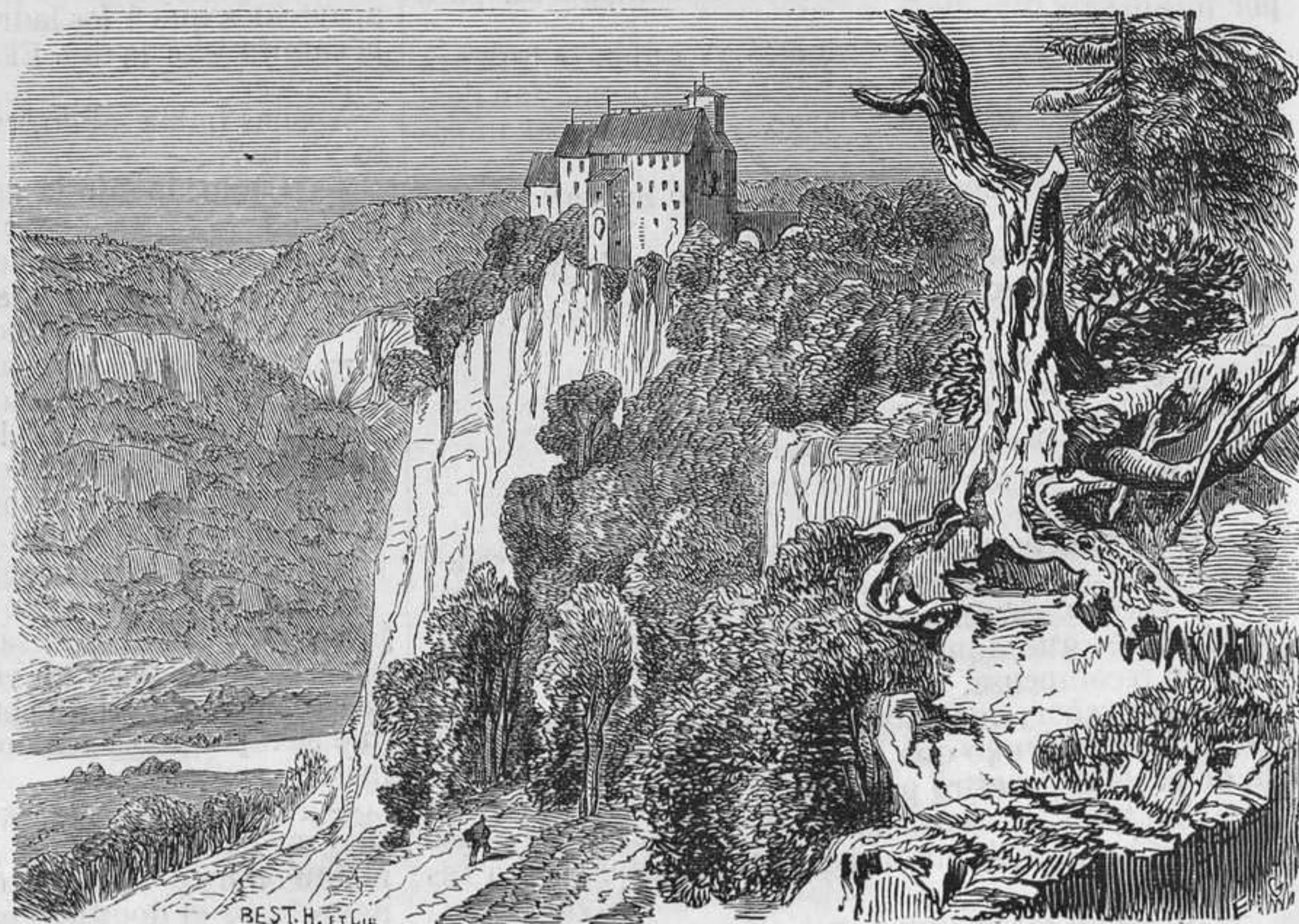
Convento de Beuron. Vista tomada del interior de la gruta de San Pedro.

un sendero abierto en la espesura por el centro de la montaña, han servido de asilo á hombres del antiguo tiempo, y de refugio á los monjes de Beuron. La tradicion dice que la primera sirvió de abrigo á los religiosos, que evitaron así las persecuciones del siglo XVII. En la segunda, que es ménos espaciosa, pero mas notable, geológicamente considerada, se encontraron, hace algunos años, un gran número de huesos humanos, y de armas pertenecientes á la época céltica. Estos objetos fueron trasportados á Sigmaringen, y colocados por órden del príncipe en el museo de la ciudad (1).

(1) Un esqueleto estaba aun completo, y tenia junto á él el hierro de una lanza de bronce, de un pié, dos pulgadas y tres líneas de larga, y cerca de tres pulgadas de ancha. Los otros objetos eran hachas gaulas, collares, brazaletes, puntas de flechas, y muchos



La Peña agujereada. Camino de Beuron á Werenwaag.

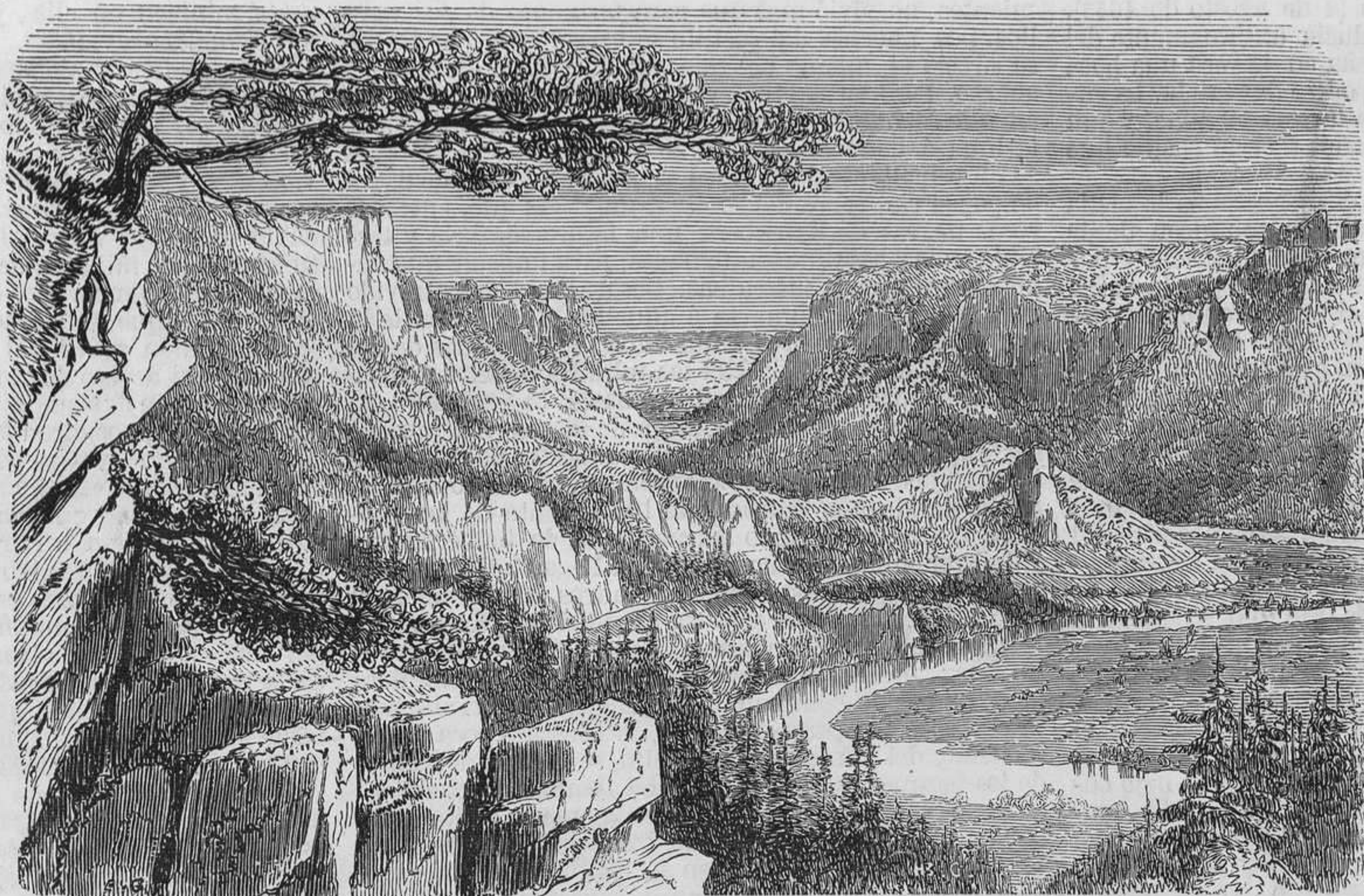


Werenwaag.

La gruta abierta en las rocas de Wildenstein á orillas del Danubio es ya objeto de un paseo mas largo, y necesita verse con luz artificial, á fin de gozar del brillante efecto que presentan en la profunda oscuridad las estaláctitas que encierra. Sobre la cima de las rocas que se levantan perpendicularmente encima de ella, descansan, en una base separada de la meseta de las montañas, las colosales murallas de Wildenstein.

De todos los castillos de la edad media, este es uno de los mas interesantes por la perfecta conservacion en que se encuentra. Un pilar atrevido de cal y canto sostiene el puente, que da

fragmentos de vasos de arcilla y bronce. Schreiber en su « Faschenbuch für Geschichte und Alterthum » año 1846, ha dado los dibujos y la descripción de ellos.



Wildenstein y Werenwaag.

paso del fortin exterior al fuerte propiamente dicho. Paredes de 24 piés de espesor que unen una bóveda baja y reducida, dan entrada á lo interior del castillo. Otras bóvedas, ya practicadas en la roca, ya cimentadas por el arte, muestran al curioso las disposiciones antiguas para la provision y defensa de la plaza. Todas estas obras son posteriores á la primera fundacion del castillo, y datan sin duda de los tiempos en que, como en la guerra de los Treinta Años, el valle del Danubio sirvió de comunicacion para las operaciones militares entre la Suabia y la Suiza. Sentados en sus almenas recordamos un rasgo de audacia de esta época, que ofrece tanto mas interés, cuanto que se está á la vista del punto donde debió tener lugar el hecho.



Trajes del valle del Danubio.



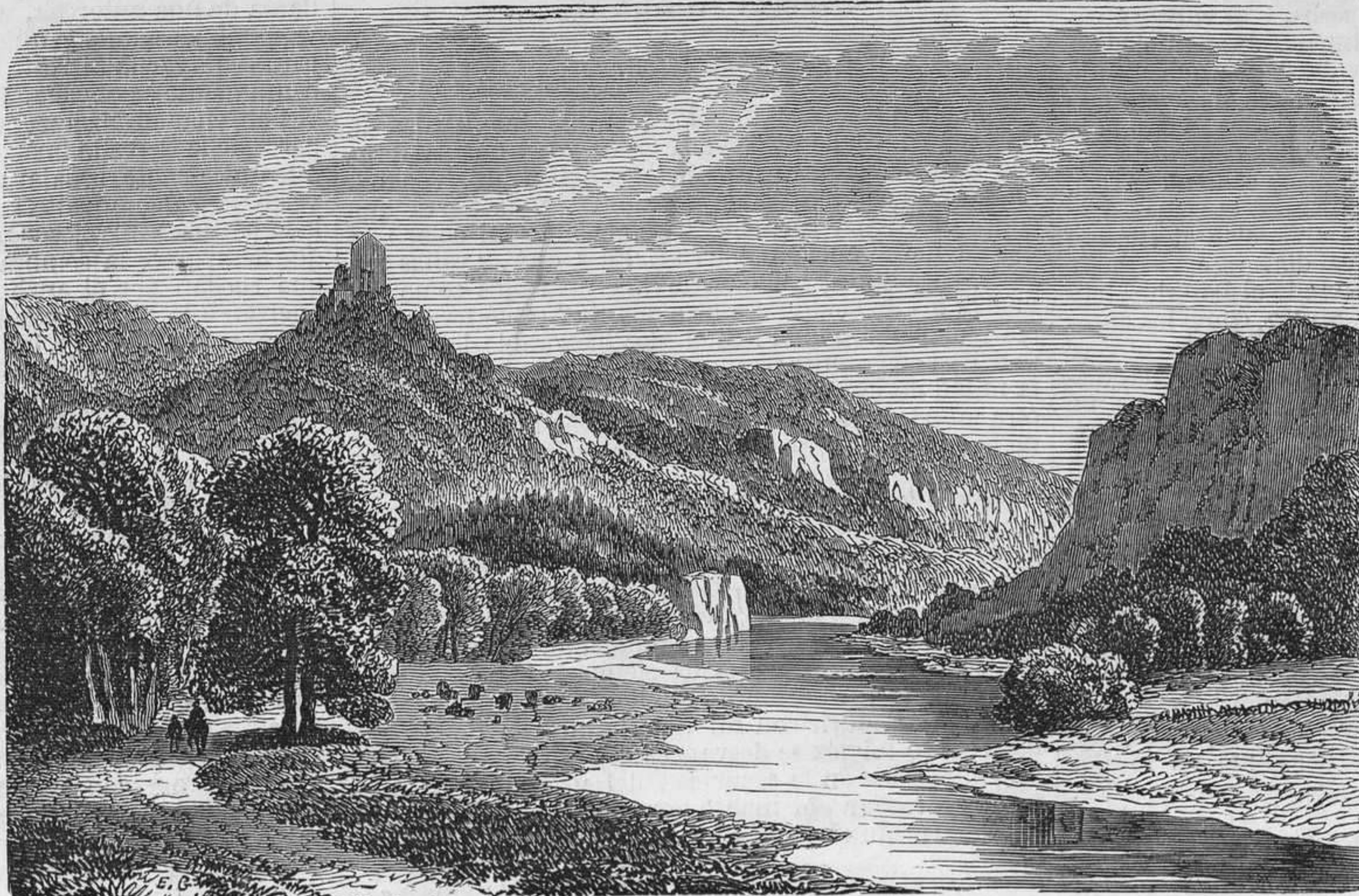
Entrada del Castillo de Brunnen.



Trajes del valle del Danubio.

Durante la ocupacion de Hohentwiel por los suecos, un subteniente, que recorria el país con un destacamento, estuvo por espacio de algunos dias en posesion de este fuerte.

Schwartz, (tal era el nombre que los paisanos le habian dado) habia sabido que los oficiales de Furstemberg y la tropa de Baviera que componia la guarnicion se habian dirigido á Mœskirch, y que no quedaban dentro de los muros de Wildenstein mas que las mujeres y los niños. El puente levadizo estaba levantado. Pero habiendo llegado con una escalera hasta el cabestrillo superior, se agarró con tal fuerza, que haciendo salir al puente fuera de los ángulos, lo hizo pronto balancear, y logró ganar la entrada de la fortaleza. Su terrible invasion asustó á las mujeres, y creyéndose per-



Castillo de Kallenberg.

didas, todas huyeron sin tener valor para cerrar la puerta. Solo tres hombres lo habian seguido. Sea por temor de tener que repartir el rico botin que encontró, sea por el de ser sorprendido por el regreso del enemigo, encerróse en el castillo sin llamar al resto de los compañeros que habia dejado en el bosque. Los soldados de Baviera volvieron, en efecto, muy pronto, y se vieron precisados á pedir socorro á las guarniciones cercanas para reconquistar la fortaleza. El subteniente juzgó imposible resistir mucho tiempo. Propuso pues una capitulacion, por la cual él y sus tres compañeros volvieron á Hohentwiel, llevándose consigo cuanto pudieron.

Sin embargo, Schwartz escapó con dificultad de un juicio, y esto prueba que severidad reinaba entónces en la

disciplina de las tropas suecas (2 de agosto de 1643).

Un camino subterráneo conducía antiguamente del castillo al valle, y aun se enseña en la roca una boca obstruida por matorrales, que podría dar salida. La entrada estaba en la capilla bajo la tarima del altar, y aun se pueden bajar cincuenta peldaños de este pasillo que los escombros han cegado.

Werenwaag está á una legua de distancia en la orilla izquierda del Danubio. Dos caminos conducen desde Beuron, ó el que, bajo los muros de Wildenstein y por el bosque, sigue las sinuosidades del río por la orilla derecha, ó el que, atravesando el puente cubierto, por la espalda del convento, circula al pie de las montañas, bajo las rocas suspendidas casi al aire sobre él, y atravesando el túnel de una de ellas, forma principal vía de comunicación en el valle. Aquí piedras que se derumban, allí pirámides de inconmensurable altura, y en los costados de las montañas, tan pronto bosques de hayas y abedules, tan pronto cedros y pinos, varían á cada paso, á cada recodo del camino, la perspectiva del paisaje, que completan maravillosamente la fresca verdura de los prados y las límpidas ondas del río.

El valle se ensancha á medida que uno se acerca á Werenwaag, y las rocas, sombreadas por antiguos fresnos, se apartan del Danubio, y levantan por encima de los bosques sus altivas y blanquecinas cabezas. En el fondo se ve una masa imponente que penetra en el valle, como para dominar sus dos lados, y en su cima se distingue la torre esbelta del viejo castillo, bajo cuyos muros extiende sus casas el lugarejo de Langenbrunnen. Sobre el río se destaca el puente que une las dos orillas del camino de Mesbirck, y antes de llegar á él algunas fábricas y un molino dan al paisaje cierto aspecto de vida y movimiento.

Werenwaag es el punto mas pintoresco de todo el valle, y en ninguna otra parte se goza de un golpe de vista tan brillante. Ya habia Roma levantado allí un fuerte de observación, que, destruido despues de la partida de las legiones, fué utilizado mas tarde por la nobleza alemana, que lo reedificó. Al ménos es seguro, que un camino romano, dirigiéndose de Leptingen á Wondorf, Buckheim, Leiberdingen y Krehenheimstelen, bajaba por un valle lateral hasta el Danubio, desde donde, remontando por el lado opuesto se dirigia á la meseta de Henberg. Altstalt, cerca de Altheim, á algunas leguas detrás de Werenwaag, era el principal castillo que protegía este camino, y es de presumir que la posición del peñasco que sirve de basa á Werenwaag, y desde el cual domina todo el valle, no habia sido desatendida.

Bajo el poseedor actual ha sido hecho el hermoso camino que conduce á él, y que permite llegar en carruaje hasta las puertas del castillo. Pero el edificio está abandonado, y una ala de él está casi demolida. Veinte años mas de abandono, y del mas hermoso torreón del Danubio no quedarán mas que las ruinas.

De lo alto de Werenwaag se ve en el fondo del valle el pueblo de Hausen. Aunque el camino sea bastante uniforme, se va allí por contemplar, en un vallecillo lateral, los restos del antiguo castillo de este nombre que forma uno de los episodios mas interesantes de la comarca.

Los huéspedes de Beuron prosiguen ordinariamente sus excursiones hasta Thiergarten, pasando Neidingen, bajo los muros de Falkenstein, otro torreón cuya base es inaccesible. Falkenstein, cuya situación en la punta de una roca, es quizá la mas atrevida de las mencionadas, pertenecía á la antigua familia de Magenbuch, citada en los documentos de los siglos XIII y XIV. Extinguida esta, pasó á la de los barones de Zimmern, quienes, elevados al rango de condes por Carlos V en 1529, se dividieron en dos ramas, guardando una de ellas el castillo. Esta casa se extinguió en 1534, y Falkenstein pasó con sus pertenencias á los condes de Helfstein, y de estos á la casa de Furstemberg en 1627.

Retrocemos sobre nuestros pasos, y al volver á pasar por debajo de todas estas almenas desmanteladas, nos preguntamos ¿cuál fué la vida de los que un dia habitaron estos lugares? ¿Quién contará las aventuras que han perturbado la paz de estos sitios, cuando la rapiña y el fraude habitaban con ellos dentro de sus muros? ¿Quién referirá sus querellas y combates? Todo ha muerto, y su nombre vive apenas en la comarca, y algunos restos antiguos de sus viviendas atestiguan confusamente que han existido un dia.

Al otro lado del Beuron, remontando el Danubio, hay todavía otros dos castillos viejos, objeto, como los anteriores, de paseo, cerca de los cuales pueden ofrecer agradable asilo algunas risueñas alquerías. El mas distante, Kallenberg, está completamente arruinado, y no ofrece mas interés que el de la naturaleza agreste que lo rodea. Pero los tiempos pasados viven en los cuentos del pueblo, y nosotros los recordamos acercándonos al molino de Brunnen que presenta, bajo la roca del castillo del mismo nombre, uno de los mas pintorescos sitios del valle.

Kalenberg, pertenencia de los barones de Ulm, tenia ántes poseedores que llevaban su nombre, uno de ellos, dice la leyenda, habia ido al Norte á pelear por la cruz, y en su ausencia, un hermoso jóven, hijo del molinero, habia conquistado el corazón de su hija única. El caballero trajo á su regreso inmensas riquezas, que ocultó en el patio de Kalenberg, pero que no lo consolaron del deshonor que habia caído en sus cuarteles. Arrojó ignominiosamente de su casa á su desgraciada hija, y esta, en el colmo de la desesperación se arrojó al río. Al dia siguiente fué hallado su cadáver en la compuerta del molino. El padre, presa de sus remordi-

mientos, no vivió mas que para tormento de sus vasallos. Las puertas del castillo se cerraron, y por fin desapareció él mismo sin que fuera hallado despues su cuerpo. Pero su sombra vaga todavía entre las ruinas en que se hallan sepultados sus tesoros. Apenas viene la luna á derramar su argentada luz por el valle, la sombra brillante de la jóven se pasea en forma de náyade por el río, cerca del molino, mientras que, entre las rocas negras de Kalenberg una figura sombría y terrible sube y baja incesantemente, para impedir que nadie se acerque á sus ruinas. Desgraciado del atrevido que intente aproximarse á aquellos sitios durante la noche. Un pastor tuvo tanta audacia, y despues de llegar á la cima asustado con las miradas penetrantes del espíritu, rodó desde su altura hasta lo profundo del valle. Por otra parte, la sombra de la señorita protege las mujeres del molino. Ama los amantes fieles, y une las parejas á quienes encadena un amor constante. Hasta ha llegado á asistir al libramiento de las mujeres honradas, cuando las matronas de Leiberdingen y de Krehenheimstelen no podían llegar á tiempo para asistirles. Ya estamos bajo los muros de Brunnen, y vamos á descansar de nuestra expedición á Kalenberg.

Brunnen, castillejo que pertenece á los barones de Enzberg, ofrece un aspecto pintoresco, por cualquiera lado que se le contemple. Del camino de Friedingen, se eleva majestuosamente sobre la inmensa roca que lo sostiene; del camino de Buchheim, se destaca del centro de los bosques que lo rodean; del Danubio, lanza á los aires su graciosa torre; del puente que permite abordar su roca, ostenta sus construcciones, su triple puerta, sus almenas, y forma en su conjunto uno de esos admirables cuadros que paran y sorprenden al artista.

En tiempos pasados, este castillo era de una circunferencia grande, y asiento entónces del señorío perteneciente á los barones de Weitingen. La vista de los lugares que lo circundan, la del valle, las montañas, y hasta los montes blanquecinos de Suiza, que se aperciben entre los vapores del horizonte, recompensan de la fatiga que causa el subir á él.

Mas allá de la meseta, cuya extensión se descubre al Oeste, se destaca un cono aislado, cubierto de bosques. El indica el sitio que ocupaba el castillo de Pfannenstiel, que ha perdido sus ruinas en la selva, encima del valle del Beer. Este vallecillo, que por su proximidad con el del Danubio, puede ser recorrido facilmente por los huéspedes de Beuron, es ménos pintoresco que el último, pero ofrece no obstante, algunas correrías interesantes que hacer. En frente de Pfannenstiel estaba el castillo de Kreidenstein, que ha desaparecido, como este, completamente. Al otro lado del pueblo de Beerenthal, notable por las canterías que sus alrededores contienen, está el molino de Ensisheim, donde la tradición coloca también un viejo castillo, y en donde se encuentran todavía antiguas bóvedas subterráneas y antiguas construcciones. Desde estos sitios se ven algunos restos de Kraneck, arruinado por los paisanos de Rotweil en el siglo XV, y en frente, el punto donde se levantaba Greifenstein, posición salvaje, cuyo cimiento azota la impetuosa corriente del Beer, sin hacerle mella, y del cual se aprovecharon indudablemente los romanos, cuando estas torres diversas se comunicaban con las del Danubio, y protegían sus establecimientos en el valle (1).

Todos estos valles se prestan agradablemente á fantásticos ensueños, y son otros tantos episodios que aumentan la rústica poesía de estos lugares.

D. R.

Sobre la tumba de....

MEDITACION.

¿Dónde estás, caro amigo? ¿Porqué te guardas de mi vista?... Nadie responde á mi ruego, y mis palabras van á perderse entre los pliegues del viento. Vengo á buscarte al campo donde descansas, y la tierra que cubre tu cuerpo permanece quieta ante mi dolor: su glacial indiferencia me irrita. Pues qué, ¿valias tan poco, para que el polvo envolviere tus restos como envuelve los de cualquiera otra planta? ¿Qué terrible es esa igualdad absoluta! Si el juez inexorable de la nada se dejara corromper por medio de dádivas, le ofrecería la mitad de mi vida por gozar en tu compañía de la otra mitad. Pero ¡ay, cómo me engaño! Ofrezco lo que no puedo ofrecer; porque ni sé qué es la vida, ni ménos si me pertenece: la idea de esa entidad, de ese principio vivificador que galvaniza durante algun tiempo á la materia, es una idea vaga, indeterminada, y que en vano queremos comprender. ¿Y qué puede pesar una vida mas en el inmenso tesoro de la muerte? Necio de mí, ¿que ofrezco lo que nada vale ó vale bien poco!

En vano pretendo hallar tu compañía. Estoy al borde del abismo, porque la vida siempre está junto á la muerte, é inclinado sobre él te llamo á grandes voces, y quiero descubrir con mi vista la morada donde habitas; pero mi voz se desvanece sin eco alguno, y mis ojos se pierden en la oscuridad del precipicio. ¿Quién me diera rasgar ese manto tenebroso que cubre la insondable profundidad de la sima? ¡Ay de mí! en breve

(1) Como lo atestiguan las numerosas monedas romanas que se han encontrado allí.

caeré también en ella, y rodaré velozmente por entre sus revueltas cavidades.

Si yo pudiera descender con mi vida actual al sombrío abismo, tal vez, amigo mio, te veria recorrer otro camino para mí desconocido: entónces habria yo arrancado los misterios á la nada. Pero hay secretos inviolables, y la eternidad guarda, escrito con negros caracteres en el gran libro de los siglos, el fatídico arcano de la muerte. ¿Vivirás bajo nueva forma? ¿Habitará tu alma entre millones de espíritus, y correrá infinitamente por ese anchuroso espacio que rodea á los mundos, y en el que se deshace la luz de las estrellas?

Mas ¿quién sabe? Tal vez encerrado en la tumba escuchas mi acento de dolor... ¡Tristísimo destino! Si conservaras tu existencia anterior bajo la tierra en que los hombres depositaron tu cuerpo, tu dolor seria inmenso, porque verias correr sobre tu cabeza y con febril agitación á esos hombres para quienes ya no eres nada. Y en vano querrias hacer pasar por entre los agujeros de la losa un grito de alarma para avisarlos de su destino: ni tus labios obedecerian á tu pensamiento, ni los hombres escucharían tus voces. A pesar de tu angustia, la humanidad entera habria de cruzar por delante de tí con algazara loca, hasta precipitarse en la tremenda sima donde tú yaces. Porque es la humanidad un enfermo á quien la fiebre agita con delirante alegría, sin que pueda la razon calmar aquella risa insensata que despedaza sus miembros.

Ó bien sumergido en completo letargo esperas la mañana de otro dia para despertar á la vida. Porque está empezando el dia de los hombres, y la noche llegará. Adán, Noé, Moisés no son mas que la aurora del dia en que vivimos, y cuyo sol quizás dista aun mucho del cenit. ¿Y quién puede contar los dias que habrán precedido á nuestro dia? Ha habido hombres que pretendieron medir la eternidad, y validos de su mayor inteligencia se atrevieron á señalar el principio de la naturaleza: no hay cosa mas llena de vanidad que el pensamiento humano. Pero detrás de esa valla, puesta gratuitamente al caos; detrás de ese límite que el hombre, para revestirse de absoluta superioridad á cuanto existe, ha trazado á la creación, está la noche del dia que nos precediera; noche cubierta por los amontonados escombros de los siglos anteriores. Detrás de esa noche están también la tarde y la mañana de otros seres; y mas allá... el infinito. Las criaturas que existen tal vez no son otra cosa que modificaciones de criaturas que existieron ántes: esta es la naturaleza, sucesión infinita de los cuerpos en variadas y pasajeras formas.

Así, despues de nuestra época, vendrá otra época. « Esas plantas, decíame, amigo mio, cierta mañana del estío, señalando unos arbustos; esas plantas, llenas de vigor y lozanía, se marchitarán al concluir el sol su carrera: las generaciones son plantas que absorben la savia del terreno de la vida; mas llegará un tiempo en que ese terreno quedará estéril, el sol se hundirá en el ocaso, y las generaciones habrán acabado. » Es verdad; mas cuando tras el dia de los hombres haya llegado la noche, y su lúgubre manto cubra algunos centenares de siglos, aparecerá la luz purísima de otra mañana, y empezará la historia de nuevas criaturas, mas ó ménos perfectas que las actuales. ¿Qué digo? No nacerá criatura mas bella que el hombre; porque Dios, que le ha formado á su semejanza, no podrá crear otro ser mas perfecto que sí mismo. ¡Oh, hasta dónde llega el atrevimiento del orgullo humano!... Entónces, querido amigo, tú y todos nosotros volveremos tal vez á adquirir animación; pero nuestros recuerdos habrán desaparecido bajo de aquel sueño secular.

Mas ¡ay, amigo mio! estas son quimeras de mi alma, abatida por el dolor de no verte. Pasarán los siglos, tu cuerpo formará parte de otros cuerpos; pero tu vida se ha destruido para siempre; cuando el viento apaga la llama de una antorcha, muere enteramente su luz. En vano mi pensamiento quiere forjar sueños inverosímiles para esquivar la terrible idea de la muerte; porque mi pensamiento se engaña. También mis ojos creen ver de vez en cuando alzarse, cual leve sombra, de entre los poros de la tierra la imagen de mi amigo; y la ven sonreír dulcemente, señalar con su mano los cielos, y elevarse majestuosamente sobre ligeras nubes en la azulada bóveda: mis ojos siguen la engañosa huella, hasta que desaparece la sombra en el laberinto de estrellas que ruedan por el ancho espacio. Entónces mis ojos vuelven á la tierra y ven la realidad. Cuando una sombra se alza de entre los sepulcros, mi pensamiento se postraría acobardado ante la verdad de la existencia eterna.

Duerme pues en ese desconocido sueño, sin recuerdos del pasado, sin vida en el presente, sin esperanza en el porvenir. Bella es la idea que nos señala aun mas allá de la muerte; pero la tumba se rie con mudo desprecio de esas atrevidas suposiciones del orgullo humano.

Duerme, en tanto que yo velo, sin saber si vivo, ó si sueño que estoy viviendo: duerme, mientras que mi alma retrocede en busca de los dias en que tú existías. ¡Ay! ¡Cómo pasan los años atropellando en su carrera destructora nuestros pesares, nuestros gozes y hasta nuestros recuerdos! Al volver hácia atrás mi pensamiento, lanzando una mirada por ese larguísimo campo que he atravesado, apenas veo, allá en lontananza, medio cubiertas por las sombras del olvido, las dulces horas de mis placeres. Son placeres que no han de volver, y por eso los echo de ménos. Las encantadoras ilusiones de la infancia, los ensueños de amor de la primera juventud, no conmueven ya mi corazón: cada

nes; acudieron al punto los amigos de los pleiteantes y encontraron á estos tendidos en tierra y sin vida. Ambos tenían la cabeza deshecha. Se presume con fundamento que Malcom hizo fuego á su contrario, y que al verle caer muerto se suicidó. En efecto, el arma que sirvió para esta desgracia era una pistola de seis tiros, propia de Malcom.

Los dos contendientes gozaban de muy buena reputación y eran considerados como hábiles y probos comerciantes.

RAMILLETE DE FLORES ARTIFICIALES.

De todas las industrias de lujo no hay una que toque mas de cerca al arte de la pintura, que la preciosa industria de la fabricación de flores artificiales, que en Paris ha llegado á su último grado de perfección, como lo prueba el dibujo que acompaña á estas líneas, tan recomendable por el objeto con que se ha hecho, como el gusto del artista que supo imaginarlo.

Este ramillete



Ramillete ofrecido á la emperatriz por el emperador Napoleon.

te fué encargado por el Emperador para hacer con él un regalo á la emperatriz Eugenia. En un hermoso jarrón de porcelana de Sevres habia un ramillete de flores naturales, de esas flores que necesitan para vivir el aire libre, y cuya fragancia no suele ser muy saludable en los aposentos; así es que se reprodujo artificialmente, dejándole solo aquello que encanta la vista. Madama Alejandrina Cuvillier, discípula aprovechada de M. Batton, fué la persona escogida para esta delicada reproducción; el ramillete vuelto á su sitio acostumbrado parece que nunca se ha movido de allí; se ve la misma disposición, son las mismas flores con los mismos accesorios; se cree respirar el mismo aroma, y esto es lo que completa la ilusión.

El ramillete se compone de cuatro clases diferentes de hermosas camelias; la especie mas rica y bella ocupa el centro, y al rededor de todo el ramo se ven tulipanes, jacintos, flores de azafran, y hojas verdes entrelazadas con las flores.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12 pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacifico.	15 pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13 » »	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16 » »
Para Puerto Rico.	13 50 macuquinos		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18 » »		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12 pesos fuertes		
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14 » »		
Para la provincia de Cúmana.	12 75 » »		

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. RICHARD HAYNES.	Quito.	MM. ALFONSO PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Río Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— ALFONSO PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arica.	— BILLINGURST y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.	— D ^r MORINGLANE.
Arequipa.	— J. María REY DE CASTRO.	Lima.	— JOSÉ MACIAS.	Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).	— VASQUEZ CORDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAUX.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— J. C. CORBIN.	Monpoz.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Id.	— Emilio PHILIP.	Méjico.	— BOIX, BESSERER y Ca.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— H. P. DE LA VEGA.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— J. María CANADAS.	Panama.	— SMITH y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cartajena.	— THIRION.	Popayan.	— RAFAEL IRURITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Cali.	— ARTOLA y Ca.	Porto Cabello.	— RAFAEL ROJAS.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Ciudad Bolívar.		Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.	Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.